

Hegemonía y agentes en Estados Unidos y la Unión Europea

Bernat Riutort Serra. Universitat de les Illes Balears (España)

bernat.riutort@uib.es

Resumen

Presentamos un análisis crítico de la formación, el desarrollo y el cambio, en las disputas entre los bloques sociales y políticos, los agentes y las ciudadanía en los Estados Unidos y en la Unión Europea que han configurado las hegemonías, las narrativas y los imaginarios desde la crisis del capitalismo regulado, la formación y la consolidación del capitalismo global financiarizado y su crisis actual, en un entorno de fuerte reacción de la gran derecha y de la extrema derecha contra la cultura democrática, sin que los agentes sociales y políticos institucionales y las narrativas que los representan generen confluencias estratégicas con los notables movimientos populares emancipadores que emergen desde diversas posiciones y se articulen en una ofensiva cultural y política contra-hegemónica que presente un potencial imaginario alternativo.

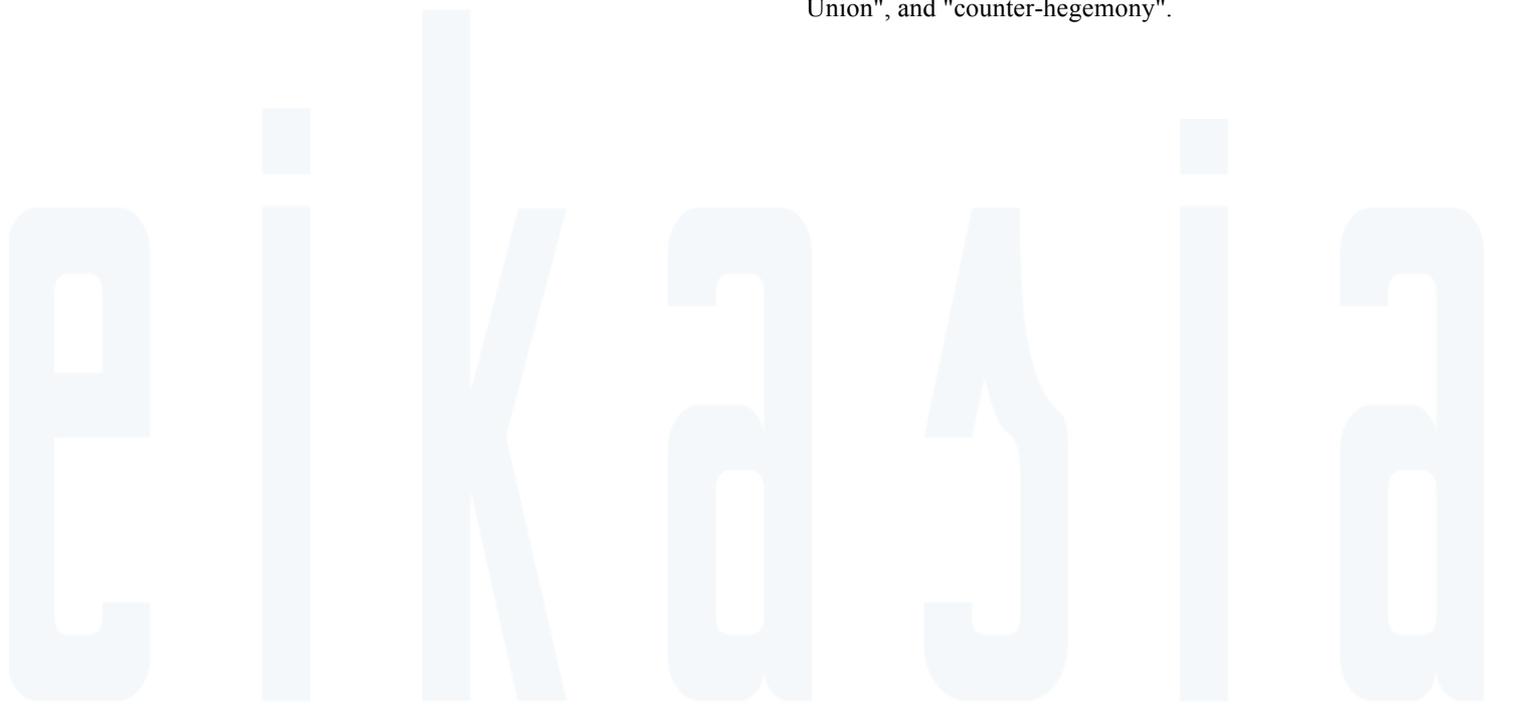
Palabra clave: “hegemonía”, “EEUU”, “Unión Europea”, y “contra-hegemonía”.

Abstract:

Hegemony and agents in the United States and the European Union

We present a critical analysis of formation, development and change, in the disputes between social and political blocs, agents and citizens in the United States and in the European Union that have shaped the hegemonies, narratives and imaginaries since the crisis of regulated capitalism, the formation and consolidation of financialized global capitalism and its current crisis, in an environment of strong reaction of the great right and the extreme right against the democratic culture, without the social and political institutional agents and the The narratives that represent them generate strategic confluences with the notable popular emancipatory movements that emerge from different positions and are articulated in a counter-hegemonic cultural and political offensive that presents an alternative imaginary potential.

Keywords: "Hegemony", "USA", "European Union", and "counter-hegemony".



Hegemonía y agentes en Estados Unidos y la Unión Europea

Bernat Riutort Serra. Universitat de les Illes Balears (España)

bernat.riutort@uib.es

1. Consideraciones históricas

Por estructura social de acumulación (ESA) entendemos las relaciones sociales básicas sobre las que se asientan los procesos de la acumulación ampliada del capital. Una ESA presenta un período de formación y expansión y un período de crisis y transformación¹.

Cuando las relaciones básicas favorecen la acumulación de capital, la tasa de ganancia estimula la inversión y el proceso se expande. Los cambios que promueve esta dinámica modifican sus condiciones, que acaban tornando obstáculos y problemas de articulación de sus relaciones. La tasa de ganancia tiende a caer y desincentiva la inversión, entrando en un período de crisis, hasta que no se forman nuevas relaciones básicas que estimulan otro período expansivo, una nueva ESA.

La transformación de una ESA no ocurre en virtud de una lógica sistémica. Con la crisis emergen nuevas iniciativas productivas en múltiples procesos de ensayo-error. Ex ante, no se puede saber cuáles serán, quienes las impulsarán, si tendrán la capacidad de alumbrar nuevas sendas expansivas, si perdurarán o serán sobrepasadas por otras, cuales quedarán en el camino, si las relaciones de poder las bloquearán o las facilitarán, etc.

Durante los procesos de crisis, “los agentes”, económicos, sociales y políticos, que remueven y cuestionan las relaciones existentes, entran en conflicto con los “viejos

¹ Los ejes sociales básicos de una ESA son; capital-capital, capital-trabajo, trabajo-trabajo, economía-Estado, centro-semiperiferia-periferia, economía-naturaleza. Ver Riutort, Bernat (2001), *Razón política, globalización y modernidad compleja*. Barcelona: El Viejo Topo; Riutort, Bernat (2008): “Globalización y cambio en las categorías filosófico-políticas”, en Quesada, Fernando, *Ciudad y ciudadanía. Senderos contemporáneos de la filosofía política*. Madrid: Trotta; Riutort, Bernat (2014), *La gran ofensiva. Crisis global y crisis de la Unión Europea*. Barcelona: Icaria.

agentes”, con sus condiciones de producción y sus posiciones de poder. Una nueva ESA sólo puede desarrollarse si se dan las condiciones sociales y políticas para ello, lo cual requiere formar un nuevo bloque social y político capaz de enfrentar la resistencia del *bloque social y político* que sostenía y legitimaba la anterior ESA, basada en su conjunción de *hegemonía y dominación*.

El capitalismo regulado, asentado en la correlación de fuerzas sociales, políticas y culturales occidentales, vencedoras de la segunda Guerra Mundial, a pesar de las tensiones y los vaivenes, mantuvo sus principales características demócrata-progresistas hasta acabar los años setenta y comenzar los ochenta. Las disputas entre las clases y las categorías sociales que configuraron la sociedad y la política occidental, grosso modo, estabilizaron un consenso desarrollista-bienestarista, e institucionalizaron; la política liberal-democrática, los sucesivos pactos sociales entre el capital y el trabajo, y la alternancia en el gobierno entre la derecha y la izquierda. El imaginario social hegemónico se formó en torno a los imagos de la sociedad de las “clases medias”, el consumismo de masas, los derechos ciudadanos, los derechos sociales, el pleno empleo y la “inclusión social”.

En los Estados Unidos y en la Europa occidental, con la crisis de la ESA del capitalismo regulado de los años setenta-ochenta, se gestó la transformación en la nueva ESA del capitalismo global neoliberal financiarizado. En el curso de este proceso de cambio, múltiples segmentos de sus poblaciones de asalariados, agricultores, pequeños y medios empresarios y grandes colectivos de mujeres e inmigrantes, en mala posición en los cambios que acontecían en la economía y la sociedad, fueron dañados económica y socialmente, y debilitados políticamente, difundiéndose *malestar* y frustración en estos colectivos que, difícilmente, se expresaban en la esfera pública y en las instituciones políticas.

Los partidos del centro izquierda y de la izquierda institucional, demócrata, laborista, socialdemócrata y eurocomunista, cada vez eran más *ajenos* a las señales de descontento difuso de los sectores damnificados. La actuación de la representación sindical de los asalariados instalados se corporativizaba, mientras se atacaba con inusual dureza a los sectores sindicales que ofrecían resistencia a las medidas de austeridad y a las reconversiones industriales.

En la práctica, los damnificados resultaban desconectados de los asalariados integrados, los nuevos empresarios y los profesionales de “éxito” de las viejas y nuevas ocupaciones dedicadas a la gestión del sistema. Los signos del desasosiego entre los perjudicados por los cambios en las relaciones socio-económicas eran ignorados en el debate económico, social y político de “interés” en la esfera pública, más atenta a los requerimientos de los grandes capitales, cada vez más poderosos, y a los más de dos tercios de la ciudadanía “integrada” que vivía como si los estándares socio-económicos alcanzados fueran irreversibles y, en cualquier caso, instalados en la ilusión de que las dificultades por las que pasaban ciertos sectores sociales no les alcanzarían.

Los ganadores del citado proceso de crisis-transformación, el gran capital financiero-corporativo y las categorías sociales afines, incrementaban su riqueza económica y su poder institucional y político, reafirmaban sus valores y su prestigio social y extendían su ofensiva ideológica y cultural *neoliberal* a toda la sociedad. El *marco* ideológico era la exaltación del individualismo propietario, el renovado neodarwinismo social, la enaltecida figura del “emprendedor” de éxito sin ataduras morales “buenistas”, la radicalización de los privatismos familiar y profesional, la nueva oleada de consumismo de masas estimulada por el fácil endeudamiento, la fe en la providencial “mano invisible”, la repentina y adictiva creencia en las “virtudes” de la globalización, el rechazo al considerado “perverso” Estado del bienestar, y la hostilidad hacia los sindicatos, presentados como síntesis de todos los “vicios” del pasado.

El cambio, económica, social, política, y culturalmente, lo dirigió el renovado *establishment* político-económico-mediático-académico sobre la base de una continua *ofensiva* económico-política-mediática *neoliberal* que atacaba los vínculos solidarios institucionalizados, asumidos por las mayorías sociales de la era demócrata-progresista, y a las representaciones claves de su imaginario. Mayorías aturdidas por el deterioro y la pérdida de posiciones económicas y sociales, y desorientadas por el abrumador incremento de los nuevos síndromes valorativos y la nueva imaginaria que penetraba el sentido común ciudadano. Los perdedores en los mercados de trabajo desregulados y en la nueva división del trabajo eran culpados de sus males por el agresivo discurso neoliberal a título individual.

Tales cambios *fracturaban* el reconocimiento recíproco entre las clases y categorías sociales, y sus representantes sociales y políticos, en estas sociedades y sus estados, disolviendo los vínculos morales y políticos sedimentados en las costumbres, las tradiciones e instituciones de la era demócrata-progresista.

En los Estados Unidos este proceso fue posible por la *gran ofensiva neoliberal* promovida por el gran capital, sus potentes medios de influencia y sus representantes políticos, que lograron que sus valores e intereses imbuyesen desde los tempranos ochenta el sentido común mayoritario entre los asalariados, los profesionales y los ejecutivos, confluyendo con una alianza neoliberal-conservadora, con las muy influyentes congregaciones cristiano evangélicas fundamentalistas, y el agresivo neoconservadurismo cultural, formando la “mayoría moral”, que aportó la base de masas a la agresiva y continuada política del partido Republicano de la era Reagan-Bush.

En el Reino Unido, la gran ofensiva neoliberal de las elites financiero-corporativas de la era Thatcher-Major ganó la mayoría de la opinión pública, dado; el fuerte impacto del incentivo propietario del “capitalismo popular” entre muchos asalariados -al venderles a bajos precios el importante stock de vivienda pública; el fuerte incentivo entre el gran capital, los nuevos empresarios, y los nuevos y los viejos profesionales, en particular, de los expansivos servicios financieros y allegados, que el nuevo rumbo económico de privatizaciones de empresas públicas, liberalizaciones y desregulaciones, les auguraba sobre futuras fuentes de ganancias económicas y éxito profesional; conjugado con la fuerte exaltación nacionalista provocada por la victoria en la guerra de las Malvinas que reavivó el orgullo imperial herido por la decadencia del Reino Unido; y la autoafirmación del elitista conservadurismo británico después de las aciagas décadas de soportar el “laborismo” bienestarista y el igualitarismo social y, en particular, a las *Trade-Unions*, culpándolos de todos los males².

Los representantes sociales y políticos del centro izquierda y de la izquierda institucional, después de significativas derrotas históricas, perdían posiciones sociales y políticas y se deslizaban por la senda y la racionalización de la *política del*

² Harvey, David (2007), *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal; Klein, Naomi (2007), *La doctrina del Xoc, L'ascens del capitalisme del desastre*. Barcelona: Empúries.

*mal menor*³. La presión les inducía a desplazar su posición de poder hacia abajo, que justificaban como modernización; otra presión victoriosa de la contraparte, que aumentaba su poder, les forzaba a bajar nuevos peldaños, perdiendo posiciones de poder en favor de la otra parte, y una nueva justificación. Así sucesivamente, racionalizando la esperanza como modernización radical.

Con el tiempo, los desplazamientos y las transformaciones en las bases sociales y políticas de la ciudadanía conducían a la desmoralización en los valores igualitarios y solidarios. Los representantes políticos-sociales del centro izquierda y la izquierda institucional, perdían posiciones de poder y asumían la hegemonía neoliberal, asimilando el discurso del antagonista.

En los noventa, buena parte de sus elites, practicaron y racionalizaron su “transformismo político”, formando parte del establishment, interpretando los cambios como avances en la “modernidad radical”, a la altura del nuevo tiempo postcomunista de globalización capitalista⁴ y posmodernidad. Se había creado de un nuevo espacio, un gran centro “más allá de la izquierda y la derecha”.

En Norteamérica, eran los “nuevos demócratas” y, en Europa, la “tercera vía” - transmutando de socialdemócratas a “social-neoliberales”, pasando dichas elites político-culturales a formar parte de los sectores *instalados* del *nuevo bloque histórico social y político*⁵ neoliberal. Sus segmentos dirigentes recibían rentas más altas y mayor consideración social como grupos sociales del sistema. En contrapartida, hacían dejación de sus posiciones de contrapoder y de sus discursos críticos respecto al sistema, que legitimaban.

El repunte económico y la expansión del consumo de masas en los Estados Unidos en los noventa y en la primera mitad del nuevo milenio y los efectos de la “nueva economía” del conocimiento en la vida cotidiana y en el consumo conspicuo de las familias y los individuos crecientemente endeudados, tornó invisible, más que

³ Término que Gramsci usa para caracterizar el proceso de pérdida de posiciones del movimiento obrero organizado en Europa occidental en la era de la contrarrevolución de los años veinte y primera mitad de los treinta.

⁴ Riutort, Bernat (2004) “Modernidad reflexiva y/o tercera vía” en Quesada, Fernando (ed), *Siglo XXI: ¿un nuevo paradigma de la política?* Barcelona: Anthropos.

⁵ El concepto de Gramsci se refiere a la formación de un bloque plural de clases, fracciones de clase y categorías sociales mayoritario en la sociedad, bajo la hegemonía de una visión del mundo afín a la clase capitalista, sus partidos e intelectuales orgánicos, congruente con la base económica capitalista, la cultura y la política.

atenuó, el descontento latente entre amplios sectores de la clase obrera blanca castigados por la globalización y entre amplios sectores de las “viejas clases medias” de la América profunda. Todo ello ofrecía la imagen pública de una nueva fase “virtuosa” del capitalismo global construida sobre la expansión imparable del crédito y la economía de casino, cuya contrapartida era la expansión de las deudas de las empresas, los particulares y el Estado que, ideológicamente, era presentada como “confianza en el futuro” de la economía y la sociedad, cuando se imponía la imparable expansión de la financiarización de las relaciones sociales y la generalización de la *dependencia por deudas*, hasta que estalló la crisis de las hipotecas *subprime* que rompió el espejismo.

En la Unión Europea los efectos de la puesta en marcha de los acuerdos de Maastricht, cuyo diseño institucional dirigió el nuevo hegemon europeo, la Alemania unificada -resultado de la implosión del imperio Soviético, sumió a sus diversas y desiguales ciudadanías en una *estabilización* permanente que ralentizó el potencial de sus economías y aumentó el desempleo y la precariedad. La financiarización y neoliberalización de las economías y sociedades expandió el apalancamiento del sistema financiero y la dependencia por deudas de grandes segmentos de asalariados, pequeños y medios empresarios y de los estados más vulnerables. La *disonancia* entre la construcción institucional y la integración de los mercados europeos respecto de las necesidades, sensibilidades y vivencias cotidianas de las distintas ciudadanías crecía de manera continua y, eventualmente, se expresaba en manifestaciones diversas de disconformidad, atemperadas por la creencia mayoritaria de vivir en el área mundial que más respetaba los derechos humanos y en la que había más calidad de vida.

En las sociedades “avanzadas” de Norteamérica y la Unión Europea, detrás de la opulencia y el consumo de masas, cada vez eran más los sectores y colectivos dañados por la globalización neoliberal, anteriormente integrados en el consenso progresista-bienestarista. Los múltiples damnificados por tales procesos entre los distintos colectivos de tales sociedades experimentaban el agravamiento en sí mismos y en su entorno de la precarización, la vulnerabilidad, la pobreza, la exclusión y la desigualdad. Por otra parte, dichos procesos fueron más pronunciados en las sociedades y las economías más débiles, tanto en el interior de los Estados

Unidos, como entre y en el interior de los estados de la Unión Europea, ampliando la distancia entre las áreas centrales y las semi-periferias capitalistas⁶.

2. Posiciones, emergencias y agentes

La crisis económica iniciada en 2008, con sus malas consecuencias para grandes mayorías ciudadanas, convertidas en estructurales, se ha conjugado con las políticas de austeridad de los gobiernos que han pretendido “naturalizar” duros ajustes permanentes que han *acentuado* la desigualdad económica y social entre los más ricos y la inmensa mayoría ciudadana. Además, ha provocado mayores bolsas de empobrecimiento, de precariedad y de vulnerabilidad. Como reacción, en los Estados Unidos, la Reserva Federal, de inmediato, implementó una masiva “expansión cuantitativa” de liquidez y, con posterioridad, en la Unión Europea, el Banco Central Europeo hacía lo propio⁷. En ambos casos, se inyectaban ingentes cantidades de liquidez a los grupos financieros y corporativos con el fin de mediatizar y neutralizar el efecto del gran endeudamiento en sus cuentas, cauterizando el *default* del conjunto del sistema financiero, y facilitando el crecimiento de sus rentas.

En plena crisis, junto a la expansión de la *lex mercatoria* global y de las instituciones de “gobernanza”, aumentaba el poder y el arbitrio de los grandes grupos financiero-corporativos y de las categorías sociales afines, los de “muy arriba”. Por otra parte, se desactivaban los recursos democrático-institucionales de las grandes mayorías ciudadanas, los de “abajo”, recluidas en los ámbitos locales, o estatales. Desde las instituciones europeas de gestión *plutocrática* se aprobaban normativas *ad hoc* para controlar, dirigir e incluso imponer, políticas económicas y

⁶ Para el estudio comparativo del crecimiento de las desigualdades en las sociedades capitalistas a partir de los años ochenta del siglo XX ver, Piketty, Thomas (2013,) *El capital al segle XXI*. Barcelona: RBA La Magrana.

⁷ La fuerte resistencia a la aplicación de la política de “expansión cuantitativa” del Banco Central Europeo, impuesta por El Gobierno Alemán y el Bundesbank, cambió ante el gran temor del presidente del primero, Mario Dragui y una mayoría de sus consejeros, a la agravación de la crisis económica y al incremento de la deuda simultánea en España e Italia en el verano de 2012 que, de seguir como hasta entonces, ponían en peligro la existencia de la Zona Euro, dado el peso económico de ambos estados y sus economías respecto del conjunto y, en consecuencia, de la misma Unión Europea.

sociales austeritarias a los estados. Tales medidas castigaban más a los estados y a las sociedades más débiles⁸.

En los Estados Unidos y la Unión Europea, dicha situación ha sido el caldo de cultivo de complejas reacciones sociales, políticas y culturales de diverso tipo que configuran el ámbito del actual conflicto económico, político, social y cultural *de clases* que, difícilmente *se manifiesta* entre los asalariados como tal conflicto, dada la segmentación, la división y la individualización de sus distintos colectivos, y la desarticulación de su imaginario, su cultura, y sus proyectos políticos de clase, sin que hayan construido otro alternativo.

Por el contrario, las prácticas y el imaginario de los vencedores de la contienda intelectual y política, el gran capital y las categorías sociales afines, se han reafirmado en torno al *proyecto de clase neoliberal hegemónico*, plenamente consciente de sí mismo - en palabras pronunciadas en 2006 por el emblemático inversor en bolsa Warren Buffet, “Claro que hay lucha de clases, pero es mi clase, la de los ricos, la que está librando esta guerra. Y la estamos ganando”⁹.

Desde la perspectiva de la dialéctica del reconocimiento recíproco entre colectividades, la desarticulación, social, moral y política, del bloque demócrata-progresista, los daños a sus imagos colectivas, la atomización de sus intereses y la pérdida de sus posiciones de poder es presentada por el establishment como la negación de su existencia, mientras, este último, reafirma su hegemonía y su dominio¹⁰.

En la práctica, se acumularon los efectos *no queridos* de la crisis sobre las mayorías ciudadanas. El imaginario social -con los *imagos* de las clases medias, los derechos ciudadanos, los derechos sociales y la inclusión social- se había deteriorado significativamente. En particular, la percepción de la realidad vivida entre las mayorías de las nuevas generaciones que se incorporaban a la sociedad y a la economía, más adversa que la que vivieron sus padres. Entre grandes sectores de jóvenes se generaba un importante *desarraigo social* y una creciente *anomia política* que acentuaba la crisis de *representación política* de estos grupos de edad, con un punto

⁸ Ver Riutort, Bernat (2014), *La gran ofensiva. Crisis global y crisis de la Unión Europea*. Op. Cit.

⁹ Warren, Buffet (2006) *The New York Times*, 26/11/2006.

¹⁰ Laval, Christian y Dardot, Pierre (2013), *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.

álvido de confluencia de múltiples tensiones durante los años 2011, 2012 y 2013. Tanto más cuanto que las elites protagonistas de la debacle financiera y la gran corrupción asociada eran exoneradas de las consecuencias de sus acciones por unas leyes y unas instituciones hechas a su medida que, de hecho, conferían carta de naturaleza a su “irresponsabilidad social organizada”, normalizaban su “riesgo moral”, dopaban su sistema de “incentivos” y blindaban sus rentas¹¹.

Todo lo cual desencadenó la irrupción de diversas reacciones, sociales, políticas, y morales, que dieron lugar a un *ciclo* ascendente de manifestaciones masivas de *descontento e indignación* ciudadana contra el establishment en distintos países, destacando en las manifestaciones la falta de *conexión orgánica* de grandes colectivos juveniles y populares respecto de las instituciones económico-político de la era global financiarizada, según las condiciones concretas de cada país y grupo social.

Estas movilizaciones no lograron concretar la forma y los objetivos en base a los que canalizar cultural y políticamente su fuerza social para cambiar el sentido de los efectos no deseados de la crisis económico-social sobre las mayorías afectadas, agotando buena parte de las energías desplegadas por tales movimientos que iniciaban su ciclo descendente, enfrentadas a la cerrazón y a la beligerancia de las reforzadas plutocracias de poder y al establishment de la era global. Mientras tanto, el descontento y la frustración social acumulada, sin vías de salida democrático-progresista, ofrecía oportunidades a la proliferación y a la penetración entre las diversas y desarticuladas ciudadanías de discursos político-culturales “anti-establishment”, chovinistas, y neo-autoritarios, que aprovechan el malestar social de los sectores castigados por los acontecimientos y atemorizados ante su futuro para abrir el camino a la gran derecha social, a la derecha extrema, y hasta a la extrema derecha política.

La crisis del capitalismo global neoliberal financiarizado, manifiesta de manera espectacular con el episodio de la crisis de las hipotecas *subprime* y sus graves consecuencias, devino en los Estados Unidos y en la Unión Europea en lo que se ha calificado de “estancamiento secular”¹², provocando imprevistas dinámicas,

¹¹ Stiglitz, Joseph (2010), *Caída libre. El libre mercado y el hundimiento de la economía mundial*. Madrid: Taurus.

¹² En torno a este concepto se ha desarrollado una discusión internacional uno de cuyos iniciadores ha sido Summers, en cuyo bloc de internet se recogen muchas de sus intervenciones sobre dicho tema.

económicas, sociales, y políticas, que expandían y expanden sus ondas y sus desplazamientos tectónicos entre los diversos estratos en los que se estructuran y articulan las relaciones y los conflictos de clases y categorías sociales en las sociedades y en sus instituciones, así como, la emergencia y la actuación de nuevos agentes individuales y colectivos.

Tales cambios han precipitado, una profunda *crisis de representación política* de los sectores sociales perjudicados respecto a los agentes políticos institucionales, gestada desde hacía tiempo y, la emergencia y expansión de *colectivos sociales y políticos* ubicados en el descontento y el temor, por el lado de la derecha extrema del espectro político, o, por el contrario, en el campo de la izquierda no institucional, la aparición de *nuevos agentes sociales y políticos* que plantean *contradictorias* disputas disonantes respecto de los valores intelectuales y morales hegemónicos. Estos cambios provocan deslizamientos hacia contextos morales y políticos propicios a una “crisis orgánica”¹³ en las sociedades y los estados, en las que lo “viejo” se resiste a desaparecer, y prolonga su existencia, mientras que lo “nuevo” no se ha formado, y no se sabe cuándo y cómo se formará, alimentando el desconcierto de masas, el malestar cultural y sucesivas turbulencias sociales y políticas.

Tales movimientos y cambios sociales, y la renovada ofensiva ideológica neoliberal dirigida desde las privilegiadas posiciones de poder por las grandes agencias del establishment, han tensionado las significaciones no cuestionadas del sentido común de la ciudadanía, incubando sentimientos y actitudes morales y políticas diversas y contrapuestas.

Este contexto; tiñe las vivencias cotidianas de incertidumbre, temor y pesimismo; naturaliza el aumento de las injusticias sociales; y crecen las heridas a la moralidad pública. Entre los segmentos y los colectivos heridos, anida la desesperanza, el fatalismo, el resentimiento, el temor, y el repliegue en el refugio chovinista. Induce la asunción social de renovados bucles de individualismo, de privatismos, de consumismo y dependencia por deudas.

Una de las que motivó el debate fue; Summers, Lawrence H. (2014): “The economy Hasen’t Grow Rapidly “in a Financial Sustainable Way” for a Long Time”, en *The New Republic*, 23 julio 2014.

¹³ De nuevo acudimos a un concepto gramsciano adaptado al presente para pensar la crisis actual el de “crisis orgánica”.

Mientras; irrumpe un deslumbrante mundo hiper-conectado y de-sublimador que ofrece un escaparate global de cultura narcisista-consumista; penetra a través de las redes sociales la fulgurante exposición híper individualista de subjetividades y estilos de vida; crece la proliferación de *neo-lenguajes* trucados sobre la “economía colaborativa”, canalizados hacia fines rentistas muy distintos de los que surgió -el “tú a tú”, de “igual a igual (...)”. Se proclama la mayor “libertad de elección” que encubre el incremento de los falsos autónomos como “emprendeduría” supuestamente generalizable que promete nuevas fuentes de rentas. Decae el “nosotros” sedimentado en colectivos con vínculos sólidos en favor de conectividades virtuales individuales que se extinguen rápidamente, reemplazadas de inmediato por otras semejantes. Se multiplican las *apps* que colonizan todo tipo de relaciones, asociadas al *Big Data*, y puestas al servicio del info-capitalismo hiper-rentista que monopoliza los accesos a los algoritmos del conocimiento básico.

Las fisuras y tensiones, económicas, sociales, políticas, y culturales, diseminan y multiplican *posiciones* diversas de las que han emergido, y emergen, movimientos sociales y agentes socio-políticos con prácticas, retóricas y narrativas renovadas, alrededor de conflictos, en el interior de la sociedad, o contra el establishment.

En la práctica, los movimientos emergentes se activan ante tensiones concretas, planteando cuestiones que propician la movilización de colectivos que contraponen; lo viejo y lo nuevo; los de arriba y los de abajo; el norte y el sur; lo global y lo local; la derecha y la izquierda; el patriarcado y el género, los ricos y los pobres; los rentistas y el precariado; el establishment y el pueblo; los dominantes y los subalternos; el centro y la periferia; los *insiders* y los *outsiders*; los nacionales y extranjeros; los autóctonos y los inmigrantes; los con papeles y los sin papeles; la casta y la gente; los acosadores y las víctimas; cristianos y musulmanes, blancos y negros, etc. Estas tensiones, emergencias, y posiciones, no han articulado confluencias consistentes de y entre los movimientos y los agentes alternativos que cuestionen la hegemonía del capitalismo global, neoliberal, financiarizado.

Tales tensiones han ofrecido a las organizaciones de la derecha extrema y la extrema derecha un campo para la articulación social y política reaccionaria que usan para avivar el temor colectivo, el odio al diferente, los chivos expiatorios, el nativismo, el nacionalismo esencialista, el fundamentalismo, y des-democratizan la

confrontación, intoxicando la atmósfera social y política, y producen y difunden *fake news* dirigidas a poblaciones vulnerables. Las fuerzas reaccionarias, aparentemente antisistema, manipulan tales síndromes colectivos para atacar impudicamente a quienes realmente lo cuestionan.

Mientras tanto, la plutocracia trasnacional que dirige, política, social, y culturalmente, el capitalismo global financiarizado en crisis, con sus grandes recursos institucionales, intelectuales y mediáticos, *realimenta* el imaginario neoliberal y neoconservador hegemónico con un *nuevo bucle* de reafirmación y legitimación del mismo, bloquea la proliferación de fracturas, de resistencias, de emergencias críticas, y el desarrollo de prácticas y discursos alternativos capaces alumbrar un potencial *imaginario democrático pos-capitalista*. Contradicciones y conflictos que plantean importantes incertidumbres con respecto al futuro del capitalismo global neoliberal financiarizado.

Como reacción a los problemas planteados por la crisis de la estructura social de acumulación vigente, al malestar de la moralidad pública, y al deterioro de la representación social y política, lo “viejo” reafirma su hegemonía, y sus posiciones de poder, sin ofrecer soluciones al deterioro endógeno. En la práctica, no se vislumbra lo “nuevo” para configurar una alternativa. El presente aparece como un conflictivo mundo preñado de riesgos e incertidumbres.

3. Disputas y políticas en los Estados Unidos de América

En Estados Unidos existe una arraigada historia de acción popular en sentido progresista y conservador: La tradición democrática y popular en la América de A. Jackson en el siglo XIX, el movimiento del *Populist Party*, la ola democratizadora de carácter progresista de la era Roosevelt, o los movimientos en favor de los derechos civiles de los sesenta. Tendencias bien distintas de la dura represión “anticomunista” del macartismo, de la reaccionaria “mayoría moral” de la era Reagan, del agresivo fundamentalismo del movimiento del “Tea Party”, o del nativismo “populista” de la coalición de apoyo a Trump, caracterizadas todas ellas por la derechización de amplios sectores populares.

En la década de los ochenta se implementó la gran ofensiva neoliberal que impulso los valores y las políticas del individualismo, del propietario, el privatismo, la remercantilización, y el neodarwinismo social, confluyendo con “la mayoría moral” del “comunitarismo” neo-tradicionalista, el pseudo-idealismo de carácter evangélico en la “América profunda” -los estados de la área central, del norte al sur de EE.UU., como reacción radical a los valores urbanos de la cultura juvenil de los sesenta y comienzos de los setenta, acusada de hedonista y nihilista, opuesta a los supuestos “auténticos” valores ascéticos americanos, culpable de debilitar el esfuerzo y la responsabilidad individual, la cohesión de las familias y los valores cristianos. Este movimiento contó con el fuerte apoyo del fundamentalismo cristiano y su extensa red de medios de comunicación, local, regional y federal, y de sus líderes populista-mediáticos, y del movimiento de la nueva derecha cultural, todos ampliamente financiados por los grandes capitales y las fundaciones conservadores.

En los noventa, dicha alianza, con la oposición social y política radical a las administraciones demócratas de Clinton, continuó extendiendo su organización y áreas de influencia, y rearmó su propaganda atacando al discurso, la política, la economía y la cultura del establishment liberal-progresista, estrategia que entendían como una “guerra cultural”. Las bases argumentales del ataque las aportó, además del arraigado neoliberalismo radical, el discurso del beligerante neoconservadurismo cultural y el realismo geoestratégico, del comunitarismo cristiano y la providencial doctrina del “destino manifiesto” del imaginario norteamericano en la versión neo-hobbesiana y neo-conservadora¹⁴, afín a los intereses del complejo militar-industrial en un momento en el que la victoria occidental en la guerra fría dejaba sin enemigo estratégico a los Estados Unidos y era necesario justificar el enorme presupuesto armamentista.

El bloque social y político neoliberal y neoconservador copó la administración de Bush hijo y colonizó el sentido común individualista y propietario de muy amplios sectores ciudadanos, galvanizados por el repunte del consumismo de masas basado

¹⁴ Riutort Bernat (ed) (2003), *Conflictos bélicos y nuevo orden mundial*. Barcelona: Icaria. En particular, Quesada Fernando “11 de septiembre. El fundamentalismo en EEUU: mito fundacional y proceso constituyente” y Riutort, Bernat “Nuevo orden mundial y conflicto político global”.

en el endeudamiento, la especulación y la economía de casino, supuestas muestras del “éxito” del capitalismo. Y, después del 11-S, por la mitología de la lucha del Bien contra el Mal, el terrorismo islamista. Conflagración escatológica que situaba frente a su destino a los Estados Unidos, privilegiado defensor de los “valores universales” encarnados en *la american way of life*. El proclamado “conflicto de civilizaciones” entre la civilización occidental cristiana y la musulmana tomaba cuerpo para legitimar la intervención imperialista de los Estados Unidos, cuyo fin era redibujar el mapa de los estados de Afganistán a Siria y Libia, anudando sus intereses geopolíticos de control de la mayor área de combustibles fósiles del mundo con el proyecto de situar en misma “estados amigos”.

Una de sus derivaciones políticas radicales más poderosas y organizadas, el movimiento ultra conservador del Tea Party, controló el partido republicano y dirigió su implacable oposición a los valores y la gestión de la crisis económica que llevaron a cabo las dos administraciones del presidente Obama. Éste último reactualizó e impulsó la alianza liberal-progresista alternativa, generó grandes esperanzas en sus bases tradicionales e incorporó nuevos sectores en sus apoyos ciudadanos.

Para lo cual, atenuó algunos aspectos del lado neoliberal de la alianza liberal-progresista en la gestión de la crisis económica, mantuvo un leve estímulo continuado en la economía que moderó sus efectos dañinos sobre la población, y amplió el lado progresista en temas de libertades individuales y derechos de las minorías, lo cual facilitó el apoyo entre dichos colectivos a su Administración durante dos mandatos. A pesar de no emprender reformas socio-económicas de fondo que mejorasen significativamente la situación de los afectados por la crisis – con la excepción del moderado y privatista Obama *care-* y de recuperar la geoestrategia imperial menos agresiva del nuevo orden mundial de Bush padre y Clinton, actualizada para un mundo en el que la China y el Pacífico habían tomado mucho mayor relevancia económica, cultural y militar.

Estos antecedentes y las duras consecuencias de largo alcance sobre amplios sectores sociales de la globalización y la crisis del 2008, no abordadas en la era Obama, fueron la antesala del “populismo” anti-político de la derecha extrema, activado y potenciado por la política radical anti-establishment de la que se hizo un

uso desconocido hasta entonces en la campaña presidencial de D. Trump, basada en las *fake news* y la manipulación masiva de las redes sociales. Orientación político-cultural asumida por el personalista y super-egocéntrico presidente Trump desde su victoria en escaños en los comicios, que no en votos.

Se ha interpretado la victoria de D. Trump como una de las grandes insubordinaciones políticas recientes que apuntan a un colapso de la hegemonía neoliberal¹⁵. El denominador común de éstas es el *rechazo* a los efectos de la globalización gran empresarial sobre grandes sectores populares castigados por la combinación de la austeridad, el libre-comercio, la deuda y la precariedad, que, en Norteamérica, Trump logró presentar como consecuencia del liberalismo-progresista-elitista; la alianza de movimientos sociales progresistas con el capitalismo cognitivo y financiero de las ciudades ricas de las costas, encarnado por Hillary Clinton. Por lo que el rechazo a la candidatura de ésta se convirtió en una palanca que movilizó a una parte decisiva del electorado que se sentía perjudicado y agraviado por las políticas del establishment. En particular, la clase obrera de los cinturones industriales afectados por la crisis cuyas malas consecuencias no tenían vuelta atrás, así como para los trabajadores y amplios sectores de las “clases medias” blancas más castigadas, buena parte de ellas de la “América profunda”.

La amalgama de argumentarios provenientes de la mayoría moral, el neoconservadurismo y el Tea Party, con la narrativa antiglobalizadora y anti-establishment de la candidatura de D. Trump, neoconservadora, neoliberal y nacionalista -*America First*, proteccionismo, anti-inmigración, negacionismo, supremacismo y nativismo, coagulaba el imaginario de la *derecha reaccionaria*, y galvanizaba, los temores, las heridas y los rencores, de muchos sectores populares perdedores o castigados por la globalización y la crisis.

La candidatura de H. Clinton, no despejó, sino que, entre estos sectores, encarnó la imagen en negativo de tales proyecciones imaginarias, se identificó con la narrativa del liberalismo-progresista-elitista del establishment económico y político. Y, no fue capaz de heredar el decisivo apoyo popular de las minorías logrado por

¹⁵ Fraser, Nancy (2017): “El final del neoliberalismo “progresista”, en *Sin permiso*, 12/01/2017; Fraser, Nancy y Arato, Andriu (2017): “EEUU: Diálogo sobre las izquierdas ante las elecciones presidenciales”, en *Sin permiso*, 05/02/2017; Brenner, Johanna, y Fraser, Nancy (2017): “Debate feminista sobre el “neoliberalismo progresista”, en *Sin permiso*, 16/09/2017.

Obama. Lo que se agravó con la falta de proporcionalidad del sistema electoral norteamericano de compromisarios que castiga el voto de las zonas y urbes más pobladas. De hecho, H Clinton superó en número de votos a Trump. Esta conjunción de factores, unido a la peculiar personalidad comunicadora y de triunfador de D. Trump, el uso compulsivo y sistemático de informaciones fabricadas *ad hoc* como “verdades alternativas” y las continuas apariciones televisivas en un continuo *reality show* del candidato, avezado en estas lides, confirieron un singular sentido mediático-populista-reaccionario a su elección¹⁶.

Este contexto no significa que la hegemonía del neoliberalismo esté en trance de colapsar, como cabría interpretarse del comentario sobre “la insubordinación” de amplios sectores ciudadanos, sino que, la versión del neoliberalismo que representa el liberalismo-progresista-elitista encarnado por H. Clinton ha fracasado. Sustituido no por una alternativa contra-hegemónica democrática, sino que, con Trump, emergió la otra cara del neoliberalismo hegemónico, la del reaccionario, en la que, el imaginario neoliberal se radicaliza y se conjuga con la amalgama ultra conservadora, según el sector social en el que arraiga, de nacionalismo-nativismo-populismo-proteccionismo, trufada de *reality show* y manipulación de la febril conectividad en las redes.

El establishment financiero-corporativo se mantiene al mando, juega en ambos equipos de la contienda política. Su posición es la de ganar-ganar. Trump y su gobierno de millonarios son una facción de este bloque, la más reaccionaria y estrambótica. El estilo y los valores del nuevo Gobierno apelan al *ethos* nativista-populista-reaccionario, mientras que, reafirma los valores neoliberales del individualismo, el propietarismo, el neodarwinismo, los negacionismos medio-ambiental y patriarcal.

La facción financiero-corporativa que apoyó a Hilary no se esforzó en asimilar los objetivos económicos del vencedor; había coincidencia. El otro componente de esta coalición, los liberal-progresistas del establishment¹⁷. Los colectivos y movimientos

¹⁶ Davis, Mike (2017): “El Gran Dios Trump y la clase obrera blanca”, en *Sin permiso*, 25/02/2017. Kraemer, Jordan (2017): “EEUU: la ansiedad cultural de la clase media blanca”, en *Sin permiso* 04/07/2017.

¹⁷ Nos referimos a los nuevos movimientos sociales progresistas que en la práctica han sintonizado con el capitalismo neoliberal cognitivo, ya sea en coalición con los “nuevos demócratas” o con la

ciudadanos de las “clases medias” y “medias-altas”, del progresismo tolerante, diverso, cosmopolita, multicultural, urbanita, culto y feminista, sí resultó derrotado. El nuevo Presidente hizo su campaña y su “actuación” atacando de manera específica y brutal a las bases sociales, los valores, el estilo y la cultura de este componente de la coalición, movilizándolo en su contra el malestar y el resentimiento popular, asociándolo con las elites liberales universitarias bien-estantes urbanas. Para esta parte de la coalición liberal-progresista aconteció algo que “no podía pasar”, y siguió su desconcierto.

No obstante, si el candidato demócrata B. Sanders ganaba la nominación demócrata peligraba la renovada coalición victoriosa de Trump que resultó vencedora. En la práctica, Sanders, sin apoyos oficiales, logró una gran e imprevista movilización popular, democrática y social, transversal, generacional, social y territorial, a la que el aparato del partido demócrata y las elites del establishment económico, político y mediático, se encargaron de parar los pies con malos modos. La candidatura de Sanders movilizaba amplios colectivos de jóvenes y trabajadores, incorporaba nuevos electores y recuperaba amplios segmentos de asalariados. De hecho, configuraba una potencial coalición contrahegemónica, cuestionando el neoliberalismo en sus dos versiones, la liberal-progresista-elitista y la populista-reaccionaria.

Desde el establishment europeo el movimiento en torno a la candidatura de Sanders se veía con temor, se le calificaba de “populista” y, para desacreditarlo, se le atribuía el carácter de extemporáneo, irracional y demagógico. No interesaba a las plutocracias europeas, pues se trataba de un movimiento popular y democrático que planteaba un discurso eficaz contra la versión nativista-populista del neoliberalismo a la que contraponía valores democráticos, solidarios e igualitarios, más allá oficialismo demócrata. El establishment europeo temía una potencial alternativa demócrata-progresista procedente del otro lado del Atlántico que pudiese potenciar una emulación en este lado.

La gestión del gobierno Trump al finalizar el segundo año de su mandato ha sufrido un fuerte deterioro en las expectativas generadas, el irrealismo, la

“tercera vía”, no a gran parte de estos movimientos que han situado su acción en los lugares y ámbitos de irrupción y han apuntado a movilizaciones democráticas radicales y emancipadoras.

bravuconería, la acumulación de fracasos, la pérdida de influencia global y el lento deterioro de la “economía moral”, ponen de relieve que los problemas del cambio de marcha pretendido para salir de la crisis del capitalismo global neoliberal financiarizado y liderar el mundo con mano de hierro continúan y empeoran. Mientras tanto, en la compleja y plural sociedad civil norteamericana emergen desde diversas posiciones y agencias múltiples resistencias, contestaciones, iniciativas y alternativas que deterioran la hegemónica coalición trumpista, y su mismo gobierno sufre continuos desafectos.

4. Disputas y políticas en la Unión Europea.

La Unión Europea es un espacio económico-político-social constituido en base a un conjunto de tratados internacionales ratificados por sus estados miembros. El objetivo principal ha sido y es integrar sus mercados y construir las instituciones que regulen y gobiernen este espacio. Su origen procede de la iniciativa de los seis estados firmantes de los tratados de Roma en 1957. Las piezas básicas del gran mercado europeo y sus instituciones las acordaron doce estados en el *Acta Única Europea* en 1986 y en los *tratados de Maastricht* en 1991. La síntesis jurídico-política de la actual Unión Europea se concreta en el *Tratado de Lisboa* que entró en vigor en 2010. La forman veintiocho estados¹⁸.

La construcción de la Unión Europea ha sido un proceso dirigido *desde arriba* por los grandes capitales europeos, las dirigencias políticas de sus estados y la burocracia que ha ocupado sus instituciones. Entre dichos estados, considerados como jugadores, tres de ellos han actuado como jugadores estratégicos; Alemania, Francia y el Reino Unido, este último hasta el Brexit¹⁹.

En todo el proceso, las ciudadanía europeas han desempeñado un papel político pasivo. La integración-construcción europea ha sido una integración-construcción

¹⁸ Es probable que cuando se publique este artículo sean veintisiete a causa de la salida del Reino Unido de la Unión Europea.

¹⁹ La República Federal Alemana y la República Francesa son los dos estados que desde los tratados de Roma hasta la actualidad han desempeñado los papeles de jugadores estratégicos principales. En 1972 se incorporó el Reino Unido a la Comunidad Económica Europea y desde entonces hasta el Brexit ha sido el tercer estado con los anteriores que ha ejercido el papel de jugador estratégico.

pasiva para evitar la entrada de demandas y participación de las ciudadanías en la construcción y, desde las instituciones, reducir la capacidad de los estados en los temas económicos y sociales.

La dimensión democrática de la misma se ha mantenido en un estadio de bajísima intensidad, desconectando en la práctica a los pueblos y los ciudadanos de los procesos de formación y de toma de decisiones, institucionalizando el ejercicio posdemocrático del poder.

De facto, en las instituciones de la Unión ha operado una *gran coalición* por arriba entre democristianos y socialdemócratas, cimentada en un consenso ordo-neoliberal y un ejercicio de “gobernanza” tecnocrático, cuyo objetivo principal ha sido implementar y aplicar un denso y prolijo cuerpo normativo que estableciese el marco competitivo del mercado único. La interlocución de las instituciones europeas ha tenido a los capitales financiero-corporativos y a los grandes grupos organizados de intereses como agentes privilegiados, mientras relegaba sistemáticamente a las ciudadanías.

El poder institucional y económico de la Unión ha estado en manos de la plutocracia político-económica-burocrática en la cima de la cual están, el Consejo, la Comisión, el Tribunal Superior de Justicia y el Banco Central Europeo. El Parlamento ha tenido un papel subalterno. Las grandes deficiencias de legitimidad democrática de la Unión Europea laten bajo la superficie normativo-burocrática y la supuesta eficiencia de los mercados financiero-corporativos, en consecuencia, entre sus ciudadanías existe falta de motivación cívico-política ²⁰.

Los estados han cedido cada vez más competencias económicas a la Unión en favor del mercado único y la “competitividad” de sus grandes grupos financieros-corporativos y de sus estados, desregulado los mercados de trabajo y amputado los derechos de los trabajadores/as, relegando la cooperación y la solidaridad europea a mera retórica, condicionando la institucionalización en los distintos países de los ámbitos políticos y sociales. La austeridad ha sido la única política de la Unión y ha dado forma a sus instituciones. Desde el *Acta Única* hasta hoy las ciudadanías han perdido de facto derechos sociales y ciudadanos. La política social se ha dejado a los estados miembros, que han visto reducir sus posibilidades, mientras la austeridad

²⁰ Riutort, Bernat (2016): “Autoridad posdemocrática: la unión europea”, en *Sin permiso* 17/06/2016.

constreñía de manera sistemática las políticas laborales y sociales. Cada vez más sectores de sus poblaciones han visto reducir la parte de sus salarios en el conjunto de la renta generada en la economía en favor de los grandes capitales.

La gestión de la crisis del 2008 dirigida con mano de hierro por el Gobierno Alemán, Francia y sus aliados del norte de la Unión ha generado múltiples y diversos perjudicados en los países de la Unión, especialmente en el Sur y el Este europeo, incrementando la crisis de legitimidad de la misma en estos países, propiciando el enfrentamiento y los conflictos en su interior, así como las reticencias y el desacuerdo entre los países. Como consecuencia, han crecido, por un lado, las tendencias nacionalistas y xenófobas en amplios sectores de sus poblaciones, en particular, en el Este Europeo y, por otra, en algunos países del Sur de la Unión Europea, han emergido movimientos de rechazo popular y democrático de tales políticas que han sido desde el principio contundentemente rechazadas por el establishment económico y político, a la vez que, al yugular esta posibilidad emergían las tendencias xenófobas y reaccionarias.

En los países capitalistas ricos de la Unión, con sus peculiaridades y diferencias espaciales y temporales, después del 2008, el consenso neoliberal-conservador bien establecido, coexiste con el crecimiento de la gran derecha y de la derecha extrema, calificada de “populista” por los respectivos establishments. En la práctica, estas últimas, han sido y son *contenidas y satelizadas* en la gran mayoría de los casos a través de las estrategias de Estado dirigidas por los partidos institucionales gobernantes, por campañas continuadas de intelectuales y de periodistas mediáticos afines al establishment, por los grandes *think thanks* de derechas, y las organizaciones conservadoras y confesiones religiosas bien subvencionadas.

En 2016, 2017 y 2018, se han difundido discursos y realizado campañas electorales en las que las derechas “populistas” han espoleado fuertes tensiones sociales y políticas, hasta ahora, contenidas en el marco del consenso neoliberal-conservador establecido, con la excepción del Reino Unido. La presión contra los inmigrantes y la burocracia europea ejercida por el pequeño UKIP impregnó la narrativa y el programa del Partido Conservador en el Gobierno y polarizó a la ciudadanía en torno a la salida o permanencia en la Unión Europea, precipitando el Brexit.

El objetivo que subyacía al citado doble juego de calificar negativamente de populistas a dichas expresiones de la derecha extrema y de la extrema derecha era, por una parte, contenerlas en un marco que no sobrepasase el consenso neoliberal-conservador establecido y, por otra parte, difundir y naturalizar su léxico y sus valores, facilitando la introducción de parte de sus narrativas y de sus valores no democráticos entre las mayorías ciudadanas.

En especial, entre los inquietos sectores afectados negativamente por la crisis, de manera que tales mayorías focalizasen en los colectivos más débiles y precarios la culpa de sus sombrías perspectivas. Contra los inmigrantes y los movimientos de izquierda no integrados en el consenso, calificados de populistas. Logrando que las mayorías dirigiesen hacia “los de más abajo” reproches y resentimiento, como supuestos causantes del malestar, en lugar de hacia los verdaderos culpables, “los de más arriba”, e impugnasen la globalización neoliberal financiarizada. Así, no cuestionaban la visión neoliberal conservadora hegemónica, por el contrario, se reafirmaba un nuevo bucle reaccionario de la misma.

Lograr tal objetivo requiere, degradar, minusvalorar y estigmatizar, la imagen pública de los más débiles y convertirlos en “chivos expiatorios” a los que atribuir los males de la “gente”, desplazando la responsabilidad desde las fracciones financiero-corporativas y las categorías sociales afines, causantes y gestores de la crisis que, además, se han beneficiado de ésta, hacia los más débiles, y hacia los disconformes. Se ha naturalizado la irresponsabilidad social organizada y el riesgo moral de los causantes y gestores de la crisis, ubicados en el juego “ganar-ganar”, enriqueciéndose en tiempos de adversidad y canalizado el resentimiento de los perjudicados hacia colectivos estigmatizados; los “inmigrantes”, la “ideología de género” feminista, los “sin papeles”, los “populistas” de izquierda, los “musulmanes”, el “marxismo cultural”, los “desahuciados” etc.,

En los casos de Alemania, Holanda, Dinamarca, Francia, Reino Unido, Austria, Suecia y Finlandia, los países centrales de la acumulación en la Unión Europea, la gestión de la crisis ha sido pilotada por las respectivas oligarquías financiero-corporativas y sus representantes institucionales, los partidos liberal-conservadores de derecha y, en coalición, o en el gobierno, con los social-neoliberales. En tales casos, la existencia de una derecha extrema, y una extrema derecha, adopta modos

nacionalistas-xenófobos, una retórica radical sin concesiones, y la acción cultural y política concebida como un enfrentamiento amigo-enemigo. Si bien, hasta el presente, se mantiene en los límites en los que el poder neoliberal-conservador los contiene. No obstante, no es claro si esta dinámica podrá mantenerse en los perímetros institucionales. Por ahora, esta retórica y actuación han penetrado amplios sectores populares y canalizado el malestar colectivo contra los “otros”.

En el Reino Unido tal neutralización de la derecha extrema y la extrema derecha se hizo a costa de la asunción por el Partido Conservador y su Gobierno del discurso antieuropeísta y xenófobo del UKIP, de manera que al convocar el referéndum sobre la permanencia en la Unión Europea no pudo contener la dinámica que contribuyó a desencadenar. El enfado de grandes sectores de la ciudadanía con respecto a los efectos de la globalización neoliberal y de las políticas antisociales se orientó hacia el voto de salida; los burócratas europeos aparecían como los culpables, en particular, sus políticas migratorias. El Brexit se validó en un plebiscito.

Los intereses de la City, de los empresarios globalizados, los jóvenes titulados, los profesionales bien remunerados, los colectivos “cosmopolitas”, la mayoría de los escoceses, irlandeses del norte, y muchos ingleses de las “clases medias” perdieron. Los tres años que han seguido han sumido a la política británica en la confusión y han deteriorado el consenso conservador. No obstante, parece que no va a cambiar el sentido de la opción salida.

El nuevo candidato laborista a las elecciones, el “veterano” J. Corbin, movilizó las bases del partido, sectores juveniles, intelectuales y obreros, con la oposición de las elites de “la tercera vía” del partido y de los poderes económico-mediáticos del establishment le boicoteaban y ridiculizaban tachándole de populista y anticuado. Como Sanders, Corbin, optó por representar la voz de los asalariados y los damnificados por la globalización, la financiarización y la crisis económica, en favor de valores y políticas sociales, democráticas y progresistas. El reto sigue planteado. Pero, el desgaste de la política británica deteriora a todos sus agentes.

En Francia, la aprobación en referéndum por una mínima diferencia del *Tratado de Maastricht*, en un contexto de presión extrema sobre la ciudadanía para su aprobación, y la imposición de políticas de austeridad, fue seguida de repetidas movilizaciones de trabajadores, servidores públicos y estudiantes, en contra las

políticas neoliberales, reivindicaciones repetidamente frustradas. En el año 2004 se rechazó en referéndum el proyecto de *Tratado Constitucional Europeo*, poniendo de manifiesto la resistencia popular a las políticas de estabilización del establishment. Posteriormente, los disturbios sociales de los jóvenes con futuro laboral incierto en los barrios de las grandes ciudades que concentran inmigrantes, y descendientes de inmigrantes de segunda o tercera generación, han sobrevolado y sobrevuelan los temores de las “clases medias” y “acomodadas”, que han utilizado por los gobiernos conservadores y social-neoliberales para reforzar las legislaciones represivas.

Las políticas de Chirac, Sarkozy, Hollande, y Valls, adoptaron reformas neoliberales y promovieron los valores conservadores, a pesar de las resistencias ciudadanas. Blandieron el discurso de la “guerra contra el terrorismo” que asociaban con los inmigrantes, re-etnizados i/o islamizados, para aparecer como defensores de la seguridad y de los valores “republicanos”. Lo que debería ser una compleja estrategia de inteligencia, policial y judicial, al tiempo que se atendían las causas sociales y culturales latentes bajo tales derivas irredentistas, se convirtió en una “guerra” contra el terrorismo. La “causa justa” del Estado “nacional-republicano” contra el Mal. El Presidente de la República unía en su figura “la nación” francesa y proyectaba la culpa hacia los “otros”, internos o externos.

Los fracasos de los gobiernos de la derecha y el “centro-izquierda”, que tenían políticas indistinguibles en los “temas de Estado”, para relanzar la economía y mantener las coberturas sociales devino en bucle sin salida. La gran derecha, la derecha moderada y el centro-izquierda, bajo el espejismo del “éxito alemán”, y su dogma ordo-liberal, se mimetizaba para seguir jugando a una melancólica *grandeur*. La incertidumbre ante las perspectivas futuras atemorizaba a las “clases medias altas” y “altas” y, facilitaba el auge del discurso nacionalista-xenófobo y antieuropeo de Marine le Pen entre sectores asalariados y clases medias dañadas por la crisis y sin voz pública que las representase. El Partido Socialista había asumido el discurso y la práctica neoliberal.

El colapso de los partidos sistémicos motivó una reacción bonapartista de un *outsider*; Macron. Elegido Presidente defendiendo con retoques cosméticos lo mismo que defendían los partidos descartados por el público debido a una “emergencia nacional”; el fantasma del “nacional-populismo” de extrema derecha de Marine Le

Pen o, del “populismo” de izquierda de Melanchon, atacado sin cuartel por los medios del establishment. La gran derecha, ha utilizado este temor para afirmar sus posiciones e intereses en una situación de “excepcionalidad” institucional.

Dos años de ejercicio del gobierno Macron han desacreditado su programa de austeridad y su elitismo distante de la ciudadanía. La precariedad de amplios colectivos ciudadanos, de las “clases medias” y obreras, y la pérdida de esperanza, ha precipitado la contestación des-intitucionalizada en las calles de los “chalecos amarillos”, vista con simpatía por la mayoría de la ciudadanía. Macron ha perdido parte de la confianza de la población y no ha sido capaz de impulsar un programa europeísta que prometía.

Alemania, ha sido el *hegemón* principal de la Unión. Las normas que rigen los mercados y las instituciones se han diseñado bajo su férrea tutela. Con el conjunto de normas europeas se ha instituido una “constitución económica”²¹ ordo-liberal superior a las constituciones estatales. La economía alemana orientada a la exportación desde el comienzo de la construcción europea hasta ahora enmarca la división del trabajo y la especialización de los mercados europeos. El argumentario ordo-neoliberal coloniza el lenguaje de la burocracia europea. En la Eurozona, las normas reforzadas, imponen la austeridad con equilibrio presupuestario y estabilidad casi deflacionista de precios para todos. Tal estructura garantiza la centralidad económica, industrial-financiera alemana, en Europa. En su interior, con un mercado laboral dual, con salarios bajos en el amplio sector precario y, en el sector instalado, los salarios crecen por debajo de la productividad, según los deseos de la patronal, ejecutados fielmente por el socialdemócrata de Schröder, Agenda 2010, y asumidos como patrimonio por la actual socialdemocracia que presenta un declive continuo de su tradicional electorado. En esta situación se refuerza la competitividad del gran capital alemán a costa de incrementar la dependencia de las economías europeas.

La estructura superavitaria alemana respecto de la mayoría de los países del euro provoca que, al no poder ajustar sus cuentas corrientes con bajadas de su divisa, se les exige la reducción de costes para equilibrarlas y pagar su deuda. Lo que, con la crisis de la deuda y los rescates, significa bajar salarios (ajustes internos) y, pagar a

²¹ Laval, Cristian y Dardot, Pierre, Op cit.

los bancos alemanes prestamistas, y más ajustes en los presupuestos de los estados. La austeridad reforzada deviene estructural en estos estados, tanto más exigente cuanto más débiles son. El discurso alemán, y el de los gobiernos afines del norte, se ha convertido en el canon europeo y en la forma de ejercer el poder en la Unión.

El establishment económico-político alemán y su Gobierno se presentan como técnicos y defensores de las “sagradas” normas instituidas, acusando a los críticos de irracionales, irresponsables y populistas. El acuerdo establishment-Gobierno, hasta ahora, se ha sustentado, implícita o explícitamente, en la gran coalición de los partidos sistémicos, democristianos y socialdemócratas. La gran mayoría de la ciudadanía alemana ha participado del consenso, considerado ganador, alimentando su nacionalismo, en particular, en el período de la crisis.

No obstante, existe otra cara, el descontento de muchos asalariados alemanes autóctonos por el aumento de su vulnerabilidad, por los bajos salarios y la precariedad. Este malestar facilita la narrativa que culpa a los inmigrantes, especialmente, a los musulmanes. Caldo de cultivo para movimientos xenófobos de extrema derecha, como *Pegida*, que manipulan los temores populares y hace posible lo que parecía excluido; la notable representación de la extrema derecha en el Bundestag. La crispación ha deteriorado al gobierno de la gran coalición y debilitado la, hasta hace poco, indiscutida autoridad de la canciller Merkel. La estabilidad de la “gobernanza” ordo-neoliberal sostenida por la gran coalición ha entrado en una zona de turbulencias.

Los tres estados que hasta la mitad del decenio ejercían de jugadores estratégicos han visto deteriorar su capacidad de dirección; Gran Bretaña con su Brexit; Francia y Alemania, con la crisis del establishment político, mientras sus ciudadanías mostraban su malestar por la pérdida de nivel salarial y los derechos sociales. Ello acontecía en un momento de debilidad internacional de la Unión, cuestionada por Trump que no pierde ocasión de humillar a la Unión: salida de los acuerdos de control del clima, ruptura del tratado con Irán, apoyo al Brexit y a los líderes antieuropeos, imposición de aranceles más altos a productos europeos emblemáticos, ruptura unilateral de Trump de los tratados de control de armas atómicas, que provoca una nueva carrera armamentística con Rusia, con un hipotético escenario europeo, etc.

Los países ricos del norte de la Unión han reforzado sus intereses y han asociado su capacidad de presión, la nueva “Liga Hanseática”, reafirmando la austeridad y el freno a cualquier avance político-institucional de la Unión. La austeridad, frente al Sur y el Este que requieren más solidaridad fiscal. El freno político-institucional, frente a Alemania y Francia, la Europa “carolingia” que sugieren suaves reformas políticas que refuercen la autoridad de las instituciones de la Unión -los hanseáticos ven débiles a los grandes, pueden influir más y no quieren cambios que en estas circunstancias exigirían mayor “solidaridad” con los estados más debilitados. Ello acontece en un contexto de aumento de la tendencia de las ciudadanía a refugiarse detrás de sus estados y al auge de las identidades nacionales excluyentes.

En el Este de la Unión, con diferencias importantes entre los distintos países, se dan coincidencias. Después de la disolución del Pacto de Varsovia, las economías centralizadas de Estado, gestionadas por burocracias autoritarias y un partido único, mediante choques neoliberales, se transformaron en sociedades capitalistas fuertemente liberalizadas, con gran desigualdad interna y oligarquías millonarias procedentes de las tecnocracias del Estado, una corrupción rampante y una gran mayoría de la población trabajadora empobrecida, arrojada a la precariedad, sin coberturas sociales que antes ofrecía el Estado. La entrada de capital exterior y la nueva división del trabajo respecto a los países centrales de la Unión, en particular, de Alemania, facilitó que, después de fuertes caídas de sus PIB, se iniciasen crecimientos dependientes desiguales y flujos migratorios continuos de sus jóvenes hacia sociedades europeas más ricas. Con todo, no ha comportado un mayor equilibrio económico respecto de la Europa de los ricos, sino que ha cronificado su dependencia en la relación centro-semiperiferia.

En lo político los estados que habían formado parte del bloque del Este y entraron en la Unión en la primera década del siglo, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Chequia, Eslovaquia, Hungría, Eslovenia, Rumanía y Bulgaria, pronto se vieron representados por partidos de derechas conservadores y neoliberales, muy nacionalistas y clientelares, y escasos anclajes democráticos. Dado el peso del nacionalismo esencialista y/o, del catolicismo, el protestantismo, o la ortodoxia, revitalizadas como identidades colectivas, en sociedades con un vacío ideológico-político estructural desde la lejana era en la que “comunismo” oficial se había

convertido en una carcasa burocrática carente de legitimación popular. La nación imaginada reconstruida se convertía en fuente básica de legitimación del poder político y sus “nuevas” elites, fuesen las que fuesen, de manera que, incluso donde partidos socialdemócratas lograban una importante representación parlamentaria estaban impregnados de nacionalismo y de prácticas hegemónicas escasamente democráticas, clientelares, y valores neoliberales y conservadores.

Tales tendencias, en particular en Polonia y en Hungría, se han visto incrementadas, espoloadas por narrativas esencialistas-identitarias por sus derechas sociales y políticas autoritarias y por la incapacidad de las respectivas izquierdas imbuidas de estos valores. En este contexto, las derechas en el poder en ambos estados ha promovido agresivas dinámicas autoritarias, endurecido leyes represivas, controlado la justicia, ampliado la impunidad policial, aumentado los mecanismos de vigilancia, laminado la libertad de prensa, controlado los medios públicos de comunicación, presionando a la intelectualidad crítica, limitando la libertad en internet, cultivado el clientelismo, dificultando a labor de las organizaciones humanitarias y de defensa de los derechos humanos, etc. Con la “crisis de los refugiados”, consecuencia de las guerras de Siria e Irak, las organizaciones civiles y políticas de la derecha y la extrema derecha han “cerrado filas”, aislando a los críticos, acusados de favorecer la infiltración del enemigo civilizatorio islámico, o ruso, blindando sus fronteras y aumentando drásticamente la represión de inmigrantes, reclusos en campos de detención, o deportándolos a terceros países, etc., fomentando en el imaginario una supuesta “emergencia nacional”. Políticas que la Unión ha criticado con la boca pequeña, pero ha tolerado de manera hipócrita.

La pérdida de liderazgo europeo de Alemania y de Francia y la tendencia generalizada a la reclusión nacionalista en sus estados en todos los estados de la Unión, ha propiciado que el núcleo centroeuropeo nacionalista de derecha extrema y de extrema derecha se agrupase en un núcleo duro, el “grupo de Visegrado” – Polonia, Hungría Chequia y Eslovaquia- con el fin de reforzar sus posiciones dentro de la Unión, y debilitarla. Estimulados por el proyecto de nacionalismo de la nueva derecha extrema occidental de Trump, Banon y Netanyahu que pretende desdibujar los contornos de la Unión Europea y adecuarlos a sus objetivos geoestratégicos y geoeconómicos.

En los países del Sur de la Unión Europea, Italia, España, Grecia, Portugal y Chipre –exceptuando a Malta, un paraíso fiscal- la crisis de las finanzas privadas fue asumida por las administraciones públicas y derivó en fuertes déficits, que implicó una gran ofensiva de la plutocracia de la Unión Europea dirigida por Alemania. Ésta impuso drásticas políticas de austeridad, con el acuerdo y la colaboración de los bloques de poder de los respectivos países afectados, que hundieron sus economías, y fueron aprovechadas para imponerles estrictos planes de reducción del déficit público y duras reformas estructurales que precipitaron caídas del PIB.

La crisis financiera y fiscal y las políticas de austeridad precipitaron a dichos países en sendas crisis de la economía real, generando un gran empobrecimiento de las mayorías asalariadas y de los pequeños y medios empresarios, así como un fuerte crecimiento de la precariedad, de la vulnerabilidad y de la pobreza de importantes segmentos de población. La pervivencia de tales políticas impuestas por la Unión Europea y ejecutadas por los gobiernos de la derecha, o por los social-neoliberales, realimentaba el círculo vicioso y empeoraba la situación, cronificando su dependencia respecto de las economías centrales.

En algunos de estos países, a diferencia de los anteriormente citados, se dieron significativos desplazamientos de sus opiniones públicas. Amplios sectores de votantes hacia la derecha, incluso, la extrema derecha, en Grecia e Italia. Simultáneamente, emergían movimientos sociales de resistencia, indignación y reivindicación, asociados a discursos sobre una nueva política real democrática y social, que generaron reacciones populares críticas con el establishment político-económico, en Grecia y España, con una fuerte desafección respecto del estatus quo político y gran empresarial, institucional y mediático, con desplazamientos de segmentos de sus electorados hacia coaliciones y nuevos partidos de izquierda. Tales movimientos propiciaron la emergencia de nuevos agentes sociales y políticos que intentaron alternativas democráticas.

Desde los bloques de poder de estos países, de las instituciones europeas, de Alemania, Francia y Holanda, la respuesta ha sido una drástica movilización de recursos y poder contra tales expresiones y voluntades críticas, a las que se ha calificado de “populistas”, estableciendo, cínicamente, supuestas equivalencias

prácticas con la extrema derecha, manipulando a través de sus grandes medios públicos y privados de manera perversa su sentido originario crítico-democrático.

En el caso griego, la gran crisis y la nefasta gestión de los social-neoliberales del PASOC, y la gran derecha de Nueva Democracia, obedeciendo las órdenes de la UE y el BCE, aceptando dos duros memorandos austeritarios, impuestos por el Eurogrupo. Como reacción, después de una sucesión de fuertes y masivas huelgas generales en protesta contra las políticas impuestas, la indignación de los asalariados y de la mayoría del pueblo se manifestó con el voto mayoritario a la izquierda de SYRIZA. El resultado no fue aceptado por la plutocracia europea que yuguló sin piedad la alternativa democrática de la izquierda, negándose a cualquier negociación, y saltándose la voluntad popular de los griegos refrendada en un 60% contra otro memorándum, mediante la drástica asfixia monetaria. Querían demostrar a las ciudadanías de Europa que la voluntad ciudadana no podía modificar las normas de la Unión: no se toleraría.

El “corralito” rompió la capacidad de resistencia del gobierno de SYRIZA. Le forzó a aceptar un tercer memorándum. En la práctica, asumió posiciones social-neoliberales. El resultado ha sido el fuerte empobrecimiento del conjunto de la sociedad griega, arrastrada a la subalternidad, la creación en su seno de una sociedad de pobres de solemnidad sin prestaciones, y la masiva emigración de jóvenes. En este contexto de desencanto radical, la principal causante del desastre, *Nueva Democracia* ha vuelto a ganar las elecciones europeas y generales.

En España, el malestar de amplias mayorías populares por la gestión de la crisis por los partidos institucionales -el PP y el PSOE, sus muy duras consecuencias sobre la mayoría de la población y por la gran corrupción del establishment, se manifestó en una gran movilización de indignación de la población contra la “casta”, y en defensa de los servicios públicos, propició la emergencia de un gran movimiento social y político que se expresó en el voto a Podemos. Mientras, en Cataluña, esta inquietud coincidía con el gran rechazo mayoritario de la población a la sentencia re-centralizadora del *Tribunal Constitucional*, que cercenaba la reforma democrática del *Estatut de Autonomia*, e indignaba a una gran mayoría de catalanes. La respuesta por todos los medios, legales, y también no legales, las cloacas del Estado, del establishment político-mediático-económico para ahogar a Podemos fue y es

contundente y permanente; la respuesta del Estado y el bloque de poder central español contra las demandas de un referéndum en Cataluña han sido el cierre total y la represión ejemplarizante. La dura reacción en ambos casos de las fuerzas del establishment y del Estado profundo ha puesto en circulación el discurso amigo/enemigo y abierto el paso a la derecha extrema y a la extrema derecha.

En Portugal, las políticas austeritarias impuestas por la Zona Euro y la derecha en el Gobierno, castigaron a la ciudadanía. La respuesta del electorado hizo posible un gobierno del Partido Socialista apoyado por la izquierda. El desgaste generado por el castigo a Grecia y el fuerte desprestigio de la Unión entre las ciudadanías de diversos países, facilitó la aceptación del gobierno a condición de no cuestionar las líneas rojas establecidas por Bruselas.

En Italia, el malestar de la población por las consecuencias de la globalización, y por el impacto de la crisis económica en la ciudadanía, la parálisis institucional, y la corrupción crónica, agotó al sistema institucional de partidos, Forza Italia, y el Partido Democrático de la Izquierda, expresión italiana de la “tercera vía”. Incapaces de reaccionar y de canalizar el malestar, emergieron dos grandes movimientos-partidos anti-institucionales que desbordaban el canon político italiano, e introducían distintas narrativas, contra, los políticos, la Unión Europea, la emigración, y la corrupción, y lograban capitalizar el enfado del público, disconforme y desencantado.

Estos últimos, ganaron las elecciones y, dada la aritmética parlamentaria y la negativa del PDI a llegar a un acuerdo con el nuevo movimiento-partido mayoritario Cinco Estrellas, de centro-izquierda, formaron un gobierno de coalición los vencedores: el antedicho y la Liga, de extrema derecha. Los grillini, transversales, al ser mayoritarios presiden un gobierno, el partenaire de extrema derecha, con su líder Salvini, racista, anti-inmigrantes, nacionalista, y antieuropeo, ha arrastrado hacia la derecha extrema al gobierno, con su demagogia desbordada nacionalista y ultra católica, logrando disimular con pseudo-protestas que, en economía, se avenían a las políticas neoliberales y a los márgenes aceptados por la eurozona, alineando a Italia en la ola neoconservadora y nacionalista xenófoba que recorre parte del mundo occidental.

Las elecciones europeas del mes de mayo han traducido en escaños en la Cámara Europea la complejidad y difícil gobernabilidad que se avecina. La coalición gobernante entre demócratacristianos y socialdemócratas, la gran coalición estructural, no tiene la mayoría, los liberales son terceros. Entre los tres son mayoría, pero, los primeros están trufados de contradicciones, con el agravante, en su seno, de partidos de derecha extrema del Este europeo, fenómeno que también ocurre entre los liberales, y unos socialdemócratas que pierden poder en cada elección.

En conjunto, los tres grandes grupos, desplazan aún más hacia la derecha las potenciales políticas de la Unión, neoliberales y neoconservadoras, con el previsible malestar ciudadano ante sus consecuencias antisociales y la reacción nacionalista-estatalista como pseudo-refugio.

Los verdes, la cuarta fuerza en la Cámara, con su propuesta europeísta y democrática, de centro-izquierda, difícilmente hallarán eco entre los grandes, dado el desplazamiento de los tres a la derecha. Sus aliados potenciales son una euro-izquierda que ha reducido su representación y presenta peculiaridades diversas entre países.

La derecha extrema y la extrema derecha, dividida en grupos distintos, en conjunto, han logrado aumentar considerablemente una representación, aunque, no llega al tercio de los representantes, no obstante, planteará con gran estrépito sus tópicos xenófobos, sus guerras culturales, su rechazo a cualquier intento de avanzar en la europeización y su alineamiento con las políticas reaccionarias e imperialistas de Trump y Netanyahu.

La primera jugada de la nueva legislatura europea fue la elección de los representantes de las principales instituciones. Ante el fuego cruzado de unos y otros, la primera propuesta consensuada entre los principales líderes fracasó. Los cabezas de candidatura elegidos para el Parlamento fueron relegados de las negociaciones, en plena confusión entre los negociadores de los estados. Después de negociaciones secretas, Alemania y Francia, impusieron los nombres para la Comisión y el Banco Central Europeo de sus propios países. Sin cambiar las formas de tomar decisiones, la “gobernanza” se presenta más confusa y conflictiva, y alejada de las ciudadanías.

Referencias bibliográficas

- Brenner, Johanna, y Fraser, Nancy (2017): “Debate feminista sobre el “neoliberalismo progresista”, en *Sin permiso*, 16/09/2017.
- Davis, Mike (2017): “El Gran Dios Trump y la clase obrera blanca”, en *Sin permiso*, 25/02/2017.
- Fraser, Nancy (2017): “El final del neoliberalismo “progresista”, en *Sin permiso*, 12/01/2017.
- Fraser, Nancy y Arato, Andriu (2017): “EEUU: Diálogo sobre las izquierdas ante las elecciones presidenciales”, en *Sin permiso*, 05/02/2017.
- Fontana, Josep (2011), *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*. Barcelona: Pasado y presente.
- Harvey, David (2007), *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal;
- Klein, Naomi (2007), *La doctrina del Xoc, L’ascens del capitalisme del desastre*. Barcelona: Empuries.
- Kraemer, Jordan (2017): “EEUU: la ansiedad cultural de la clase media blanca”, en *Sin permiso* 04/07/2017.
- Laval, Christian y Dardot, Pierre (2013), *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.
- Piketty, Thomas (2013), *El capital al siglo XXI*. Barcelona: RBA La Magrana.
- Riutort, Bernat (2001) *Razón política, globalización y modernidad compleja*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Riutort Bernat (ed.) (2003), *Conflictos bélicos y nuevo orden mundial*. Barcelona: Icaria
- Riutort, Bernat (2004) “Modernidad reflexiva y/o tercera vía” en Quesada, Fernando (ed), *Siglo XXI: ¿un nuevo paradigma de la política?* Barcelona: Anthropos
- Riutort, Bernat (2008) “Globalización y cambio en las categorías filosófico-políticas”, en Quesada, Fernando, *Ciudad y ciudadanía. Senderos contemporáneos de la filosofía política*. Madrid: Trotta.
- Riutort, Bernat (2014), *La gran ofensiva. Crisis global y crisis de la Unión Europea*. Barcelona: Icaria.
- Riutort, Bernat (2016): “Autoridad post-democrática: la Unión Europea”, en *Sin permiso* 17/06/2016.
- Stiglitz, Joseph (2010), *Caída libre. El libre mercado y el hundimiento de la economía mundial*. Madrid: Taurus.
- Summers, Lawrence H. (2014): “The economy Hasen’t Grow Rapidly “in a Financial Sustainable Way” for a Long Time”, en *The New Republic*, 23 julio 2014.
- Warren, Buffet (2006) *The New York Times*, 26/11/2006.